

R E S U M E N En estas breves líneas expondremos algunos ámbitos reflexivos acerca de los vínculos existentes entre la arquitectura y la filosofía que consideramos insoslayables para la formación interdisciplinaria del estudiantado de arquitectura, así como para quienes se encuentran en el ejercicio profesional y se interesan en estos tópicos interdisciplinarios, un vínculo en el que ya se reflexionaba desde la antigüedad clásica.

Palabras clave: Arquitectura
Ética
Estética
Axiología
Fenomenología
Antropología filosófica

Trasvases epistemológicos entre la arquitectura y la filosofía

I V A N S A N M A R T Í N / R A Ú L S E R G I O C U É L L A R S Á N C H E Z

Recordemos al romano Vitruvio Polión, quien enunció los conocimientos que entonces debía tener el arquitecto; en los párrafos iniciales del primer volumen de su obra, dejó en claro las bondades que aportaba la filosofía a su formación:

[...] perfecciona al arquitecto, otorgándole un alma generosa, con el fin de no ser arrogante sino más bien condescendiente, justo, firme y generoso, que es lo principal; en efecto, resulta imposible levantar una obra sin honradez y sin honestidad. Es preciso que no sea avaro, que no esté siempre pensando en recibir regalos, sino que proteja con seriedad su propia dignidad, sembrando buena fama: precisamente esto es lo que concede la filosofía. (Vitruvio, p. 27)

Para el celeberrimo romano, la filosofía nos conformaría ética y antropológicamente al perseguir las virtudes como la honradez y la generosidad, en suma, el bien. Pone en evidencia que no serían los únicos beneficios, pues también dejaba

claro tres cuestiones: la arquitectura es una actividad que requiere de otros universos disciplinares; su *telos* –es decir, su finalidad– es alcanzar el bien para el cobijo humano, algo que deberían anteponer siempre quienes ejercen el diseño arquitectónico y, en última instancia –una recomendación que tristemente aún se requiere–, que no sólo se persigan los beneficios económicos, ya que eso nos pervierte la buena fama, es decir, lo que hoy se conoce como sostener el respeto profesional por nuestra incólume trayectoria. Y precisamente, a partir de aquellos consejos, es posible indagar cuáles deberíamos considerar en la actualidad como los posibles ámbitos o trasvases entre ambas disciplinas,¹ y que podríamos enunciar en cinco.

¹ Como se sabe, el término *trasvase* proviene del ámbito de la ingeniería hidráulica, la que lo define como grandes depósitos adicionales de agua que sirven para nutrir las presas de agua en épocas de carestía. La analogía nos sirve para mostrar que las reflexiones filosóficas pueden nutrir –a modo de agua fresca– a los sedientos campos arquitectónicos.

Primer trasvase: la ética

Desde este ámbito de la filosofía se reflexiona acerca de las sucesivas morales de cada época, ya que nos orientan acerca del ejercicio pleno de nuestra libertad y en las decisiones de acciones que tomamos, primero como estudiantiles y después como profesionales. No debemos creer que ética y moral son lo mismo; la segunda es normativa, sin posibilidad de discusión, aunque impera en todos los siglos y culturas.² En contraste, la ética es la reflexión filosófica sobre la moral, esto es, su objeto de estudio.³ Cuando los filósofos abordan los asuntos relativos al bien, al deber, a la virtud, a la justicia, lo que están indagando son las cuestiones éticas, y eso lleva a profundizar en el papel que tiene la utilidad, el placer, los medios y los fines, así como el justo medio, lo lícito y lo legal, lo deseable y lo posible, por citar algunos conceptos y valores.

Este alud de asuntos éticos incide en la responsabilidad que tenemos en la toma de decisiones en cualquier ámbito de la arquitectura en la que nos desenvolvemos, ya sea en los proyectos escolares, en el ejercicio del diseño profesional, en la supervisión de las obras o en la investigación académica; no se trabaja para uno mismo, sino que se interviene para otros, es decir, para quienes han depositado su confianza en nosotros y que recibirán las consecuencias de nuestro hacer, bueno o malo. Recordemos, la moral se constituye por las costumbres, los hábitos y los valores sociales de los pueblos y, por lo tanto, forman parte del programa de ne-

cesidades dentro de un proyecto. Satisfacer esas necesidades morales es el objetivo de un buen proyecto; hacerlo porque así me lo obligan las normas impuestas⁴ sería adherirme a las éticas heterónomas,⁵ mientras que satisfacerlo porque lo he elegido en el ejercicio de mi libertad es llevar a cabo las éticas autónomas.

Estas disquisiciones no son algo abstracto e inalcanzable, que solo ocupa a quienes les interesa la filosofía, sino que se manifiestan día a día entre nosotros, como cuando nos preguntamos: ¿cómo alcanzamos la virtud profesional (no confundir con el éxito)? ¿Fui justo con mi cliente? ¿le dije siempre la verdad o mentí para argumentar mis decisiones? ¿lo induje a decidirse por un material solo porque tengo una comisión con el comprador o fue porque era la mejor decisión para el proyecto? ¿una obra pública debe siempre cubrir todos los derechos del usuario o intentar hacerlo es caer en la utopía? ¿recurrir sistemáticamente a sobornar a la autoridad nos hace más "listos" y competitivos? (Lo mismo cabría preguntarse cuando el estudiantado se habitúa irreflexivamente al *copy-paste* en sus tareas; y cree que hacerlo lo hace más "listo") ¿Cuál es el principal deber de la arquitectura? ¿cuáles son las consecuencias de nuestras decisiones? ¿cómo evitar la malignidad en nuestros proyectos? Como podemos apreciar, todas estas preguntas son éticas, no morales. La ética en la reflexión arquitectónica no nos ayuda a diseñar de manera más original, pero sí conformará –o no– seres responsables y conscientes del alcance –benigno o maligno– de nuestras decisiones proyectuales.

² Véase, Otfried Höffe, *El poder de la moral en el siglo XXI*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2018.

³ Véase, Gustavo Escobar Valenzuela, *Ética. Introducción a su problemática y su historia*, México, McGraw Hill, 2013.

⁴ Como ocurre en los regímenes totalitarios cuando los profesionales se han visto sometidos a un mandato superior.

⁵ En filosofía, se llama *heteronomía* a la falta de autonomía de la voluntad de un individuo, como cuando se rige por un poder o una ley que le es externa.

Segundo trasvase: la estética

Desde siglos atrás, la arquitectura y la estética se han relacionado;⁶ este vínculo se manifiesta tanto en la dimensión práctica como en la reflexiva, a tal punto que muchos siguen argumentando que su finalidad primordial es hacer “obras bellas” y, por tal razón, se le ha de considerar como la mayor de las Bellas Artes, al menos desde finales del siglo XVIII. Es innegable que el ser humano disfruta con el placer,⁷ físico o mental, por lo que una arquitectura que complace es un cobijo que disfruta el usuario o, por el contrario, que provoca seres sufrientes. Lo estético se manifiesta en las formas, espacios y materiales de la obra edificada y ello produce experiencias estéticas en los habitantes –de placer o displacer– que los conduce a valorar su propia vivencia estética, es decir, a *refigurar* su propia fruición.⁸

También lo estético está presente en la reflexión previa de los diseñadores, sean los profesionales avalados con un título de licenciatura en Arquitectura, o bien, algún otro personaje que carece de ese reconocimiento jurídico; es un hecho que la gran mayoría de los espacios en los que los latinoamericanos habitamos fueron producidos –diseñados y construidos– por otro tipo de agentes, como contratistas, ingenieros o por medio de la autoconstrucción.

Esta reflexión previa en el diseño incluye primero la *prefiguración* dentro de la etapa imaginativa y luego en la *configuración* durante el proceso compositivo, ya que aspiran a dotar ontológicamente a su obra de ciertos valores estéticos,⁹ como lo bello, lo artístico, lo sublime

⁶ Véase, Roberto Masiero, *Estética de la arquitectura*, Madrid, Machado Libros, 2003.

⁷ Como muchos animales, por cierto, pues es un componente primordial para comer, beber o copular.

⁸ En estética, la fruición se entiende como ese placer o gozo intenso que una persona experimenta al efectuar alguna acción.

o lo bonito, mientras que pocos persiguen –al menos de manera deliberada– alcanzar lo feo, lo monstruoso, lo cursi o lo siniestro, todas ellas categorías estéticas en sentido inverso al habitual. Por su parte, también los destinatarios del espacio edificado –propietarios, habitantes, cooperativas, desarrolladoras inmobiliarias– poseen sus propias aspiraciones estéticas que presuntamente son cubiertas por las configuraciones, algo que podría coincidir –o no– con los imaginarios estéticos de la arquitectura.

Derivado de lo anterior, se produce la confusión entre la estética y el arte, como si conformasen universos similares, cuando en realidad se abocan a ámbitos diversos que, solo en ocasiones, se traslapan; la primera estudia reflexivamente las cualidades de los objetos y las experiencias estéticas: la belleza de un plumaje, lo sublime de un apabullante cascada o la percepción de una obra arquitectónica, mientras que el arte sólo se aboca a las producciones humanas que pretenden una condición de artisticidad, por lo que su ámbito está más restringido –cuantitativamente– con respecto al universo de lo estético. Como podrá suponerse, esta confusión se extiende también a nuestra profesión cuando se afirma que todo lo arquitectónico es artístico; no obstante, la evidencia construida nos muestra que, aunque toda la arquitectura cae en el ámbito estético, solo una minúscula porción le corresponde aspirar a la artisticidad.¹⁰

Frente a estas disquisiciones, cuando los ha-

⁹ De hecho, uno de los errores comunes es creer que el término “estética” es sinónimo de “bello”, cuando el primero conforma un extenso ámbito filosófico que estudia muchas categorías estéticas, una de ellas, lo bello, pero no exclusivamente, pues existen muchas otras.

¹⁰ No es objeto de este texto profundizar acerca de las consecuencias teóricas o profesionales de esta inclusión, asunto abordado en textos anteriores. Véase, Iván San Martín, “Los problemas de la definición de arquitectura en términos exclusivos de artisticidad”, en *Arquitectura con Vaivén de Hamaca*, núm. 17, 2005, pp. 41-43, <<http://www.ivansanmartin.mx/estetica-y-arte>> [PDF].

cedores somos respaldados por una formación profesional es menester respondernos con claridad a las preguntas: ¿la arquitectura es verdaderamente un arte? ¿a qué costo nos ha llevado esa aspiración? ¿todo lo construido es arte o solo aquello que la sociedad señala? ¿la belleza en las edificaciones en una condición ideal o es ontológica, subjetiva o relativa? ¿cuáles son los juegos de la estética cotidiana?¹¹ ¿las configuraciones basadas en ciertas proporciones ideales –áureas, los *modulores*, Fibonacci, etcétera– aseguran una condición absoluta, trascendente y de validez universal, o únicamente son parte de un constructo social que cambia con cada contexto? ¿las preferencias estéticas y artísticas son acaso solo una imposición de la ideología dominante?¹² Si una obra presenta proporciones y composiciones de índole retórico o poético, ¿está presente ya la belleza o debo esperar a confirmar por medio de encuestas si finalmente aquella obra deleita?

Cualesquiera que sean nuestras respuestas a estas interrogantes deberíamos ser capaces de aportar argumentos estéticos que las soporten y no solamente “creencias” aprendidas o dogmas establecidos. Si los profesionistas contemporáneos, como figura individual o como ente participativo, no responden de manera contundente a estos cuestionamientos estético-reflexivos, es evidente que están en ayuno de filosofía, eso sin menoscabo de la calidad de sus productos edificados, los cuales incluso podrían ser muy eficientes por cuestiones intuitivas, o mediocres si sus capacidades creativas son exiguas y su co-

nocimiento estético es escaso en extremo, algo que sabemos, tristemente abunda.

Tercer trasvase: la axiología

En el anterior apartado ya se intuye un aspecto que subyace a la cuestión estética, pero que le sobrepasa a tal punto de constituir un ámbito aparte entre ambas disciplinas: la axiología, es decir, aquella parte de la filosofía que se aboca al estudio del valor ya sea como sustantivo –las nociones– o como adjetivo –las cualidades–, pero que inunda todos los ámbitos de la arquitectura. Encontramos valores en tanto en la dimensión reflexiva –teoría, historia y crítica se nutren de valores arquitectónicos– como en su concreción fáctica –la prefiguración y configuración de una obra expresa los valores de los hacedores–, pero también en la refiguración que experimentan los habitantes quienes, sustentados en sus propios códigos de valor, terminan por emitir sus propios juicios hacia la obra y hacia el desempeño del o la diseñadora. El valor es, pues, insoslayable en la comprensión del hecho arquitectónico, y es algo a lo que se enfrenta el estudiantado desde sus primeros contactos con el profesorado de proyectos y que asimilará –y transformará– a través de su formación escolar hasta culminar con su egreso de la institución educativa y el ejercicio de su profesión, cuando detendrá sus propios valores que confrontará con aquellos de los clientes –un inversionista o el futuro habitador– sean estos individuos específicos, o bien hipotéticos –cuando se diseña para un usuario genérico y futuro– como ocurre con un edificio plurifamiliar o uno de oficinas que no se sabe con exactitud quienes lo utilizarán. En todos los casos existe actividad axiológica, ya sean nociones expresadas en sustantivos: la funcionalidad, la comodidad, la estabilidad o

¹¹ Véase, Katya Mandoki, *Estética cotidiana y juegos de la cultura*, México, Siglo XXI Editores, 2008.

¹² Véase, Adolfo Sánchez Vázquez, *Invitación a la estética*, México, Grijalbo, 1992.

el patrimonio, por ejemplo, o como valores reflejados en juicios: lo funcional, lo cómodo, lo estable o lo patrimonial. Es importante mencionar que los primeros son los que soportan el ejercicio de los segundos.

Pese a esta preeminencia de los valores arquitectónicos, en ocasiones somos incapaces de definir y argumentar con certeza cuál es su origen: ¿son subjetivos y objetivos? ¿de qué dependen los valores, de sus cualidades materiales o de ideales inmarcesibles? ¿forman parte de ideas universales que reposan en algún limbo y de los cuales participamos, como lo creía Platón? ¿acaso los valores poseen existencia real? ¿son o valen? ¿dependen del aquí y del ahora o tan solo son "etiquetas" parasitarias que adherimos a las cosas? Responder a estas cuestiones es también tarea de la arquitectura, y para hacerlo, debe allegarse de los conocimientos filosóficos.

Cuarto trasvase: la fenomenología

Esta corriente filosófica es un asunto recurrente en los intereses epistemológicos del estudiante, ocasionalmente en licenciatura y que redundará a nivel de posgrado. Se trata de una perspectiva de pensamiento que no debe confundirse con la psicología ambiental, que se encarga de otros ámbitos disciplinares y mediante otras herramientas metodológicas. La larga tradición de dos siglos de estudios fenomenológicos muestra que, más que una teoría, se trata de un método filosófico que puede ofrecer certezas para evadir así el relativismo y el subjetivismo o, peor aún, el solipsismo.¹³ La fenomenología comprende lo que se nos muestra, lo que se nos

aparece a la conciencia humana. No es la ciencia de las percepciones sensibles, sino la ciencia de los seres o entidades que se despliegan a través de los fenómenos.

La fenomenología se dirige a entender la estructura del cómo percibimos la realidad y nos reconocemos dentro de ella; es el cómo se habita filosóficamente el mundo, no de manera sensorial.¹⁴ Su objeto de estudio es la línea de conciencia, es decir, se trata de un vínculo filosófico que responde a sus relaciones con el ámbito de lo sensible. En un sentido clásico y desde luego simplista,¹⁵ el *fenómeno* es la cosa tal como se nos aparece (por ejemplo, formas y espacios arquitectónicos), mientras que el *noúmeno* ocurre en el ámbito de lo inteligible, es el objeto pensado por la razón, aun y cuando no exista en la realidad tangible. Por ello, los hacedores y los habitantes del espacio pensamos *nouménicamente*, pero discutimos por los espacios que se nos aparecen *fenoménicamente* a nuestra línea de conciencia.

Por esta centralidad del pensamiento humano y los seres o entidades que se despliegan a través de los fenómenos en su ocurrir en el espacio y el tiempo, deberíamos ser capaces de respondernos: ¿de qué nos puede servir la fenomenología en el diseño arquitectónico? ¿cómo vamos a trasladarnos del nivel de la experiencia individual a la categoría de las vivencias universales? ¿existe una estructura única de la conciencia humana o cada grupo humano posee sus particularidades? ¿hacia quién debemos diseñar, hacia la conciencia individual o para una mentalidad "universal"? ¿qué ocurre con

¹³ En filosofía, el solipsismo es aquella perspectiva que considera que el sujeto pensante solo puede afirmar lo relativo a su propia existencia, pues de todas las demás existencias no puede afirmar absolutamente nada.

¹⁴ Véase, Bernhard Waldenfels, *De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología*, Barcelona, Paidós, 1997.

¹⁵ Pues en dos siglos se han sucedido varias teorías filosóficas que marcan particularidades en su manera de concebir la fenomenología.

el recuerdo de las imágenes; son *fenoménicas* o *nouménicas*? Si nos interesan estos vínculos es menester sumergirse en los textos de Edmund Husserl, Max Scheler, Martin Heidegger o Maurice Merleau-Ponty,¹⁶ en vez de recortar sus oraciones y reinsertarlas en otros contextos comunicativos para ofrecer lecturas superficiales que pueden pervertir su intención primigenia o, peor aún, utilizar el término fenómeno arquitectónico con total ligereza solo porque así lo han escuchado en otros colegas y lo repiten sin percatarse de la profundidad filosófica que conlleva.

Quinto trasvase: la antropología filosófica

El último trasvase por abordar es la antropología filosófica,¹⁷ asunto que debería ser insoslayable a nuestra formación profesional, dado que su finalidad –la *causa final*, diría Aristóteles–¹⁸ es satisfacer un ámbito de lo humano: su habitabilidad física y mental en un determinado tiempo y espacio. Creer que la entidad humana ha habitado siempre igual a lo largo de los siglos o considerar que existen principios universales –teológicos, ideológicos o científicos– que rigen la condición humana es una ignorancia supina, y no se afirma esto en un sentido peyorativo, sino aludiendo a aquello que se ignora, pero que está en nuestra mano conocer y, por lo tanto, suprimir.¹⁹

Saber diseñar para el humano implicaría poder responder: ¿en qué consiste la natura-

leza humana, si es que existe algo cómo tal?²⁰ ¿cuáles son los estratos de lo humano? ¿es su cuerpo, su mente o su espíritu?²¹ ¿para cuál de estos componentes diseñamos nosotros? ¿somos intelectos o pura sensibilidad? ¿somos entidades accidentales, contingentes, azarosas o solo cumplimos una teleología de origen divino? ¿cuáles son los límites de lo humano?²² ¿y si el humano tiene una esencia: la arquitectura ha logrado satisfacerla? ¿cómo puede la arquitectura contribuir a formar humanos más felices? ¿diseñamos para un espíritu encarnado o para una casualidad biológica? ¿realmente existe evolución en la arquitectura o estamos en franca involución? ¿la arquitectura para los humanos debería considerarse una confrontación constante hacia la naturaleza, o acaso solo es el único refugio posible para la especie dominante?

Como se sabe, hubo épocas en que la condición humana se ha reconocido como un producto divino –de uno o más dioses–, otras como una parte más de la naturaleza circundante, en ocasiones como una casualidad evolutiva, o bien, cuando se ha percibido como una entidad superior e instrumentalmente capaz de utilizarla a su provecho, con las consecuencias desastrosas que esta concepción ha causado para la viabilidad de la vida planetaria. Es evidente que las perspectivas filosóficas de su particular forma histórica de entender el mundo y su lugar en el universo estelar se reflejan en su manera de apropiarse de los lugares, en el modo de diseñar los espacios, en los mecanismos de aprovechamiento de los recursos materiales, animales y humanos, y, lo más importante, en su manera

¹⁶ Véase, Maurice Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta, 1985.

¹⁷ Véase, José Ángel García Cuadrado, *Antropología filosófica. Una introducción a la filosofía del hombre*, Navarra, Enusa, 2019.

¹⁸ El filósofo de Estagira postuló su conocida teoría de las *cuatro causas*: dos intrínsecas (causa material y causa formal) y dos extrínsecas (causa eficiente y causa final), siendo la causa final la satisfecha por el destino de la cosa.

¹⁹ Véase, Rafael Fayos Febrer, *La tarea de ser hombre. Notas de antropología filosófica*, Madrid, Ediciones CEU, 2018.

²⁰ Véase, Jesús Monterín, *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa Libros, 2011.

²¹ Véase, Gilbert Ryle, *El concepto de lo mental*. Madrid, Paidós, 1967.

²² Véase, Martín Buber, *¿Qué es el hombre?*, México, FCE, 2014.

de satisfacer las demandas de los habitantes. Cuando un monarca francés se consideró como un sol que iluminaba su reino, se entiende el por qué su recamará dominaba el esquema compositivo de su palacio, o cuando los teotihuacanos erigieron una ciudad para honrar a sus dioses, se comprenden las razones de los ejes astronómicos y la escala monumental que tenía. Cuando Juan O’Gorman construyó su casa en los bordes del Pedregal, él perseguía un ideal en su relación con la naturaleza circundante; en contraste, cuando los futuristas italianos añoraban el progreso industrial como futuro deseable se deduce el por qué sus dibujos de ciudades utópicas están plagados de humeantes chimeneas y cielos surcados por cables electrificados.

Epílogo

Veinte siglos han pasado para darnos cuenta de que Vitruvio tenía razón: si los profesionales de la arquitectura se nutrieran más de la filosofía podríamos asegurar que los resultados serían mejores; habría seres más responsables éticamente, con certezas estéticas en sus obras, conscientes de los límites axiológicos, sabedores de sus configuraciones fenoménicas y con claridad de su lugar en el mundo. La filosofía en la arquitectura no es algo etéreo e inaccesible, pues, si bien puede percibirse un tanto abstrusa, es también muy gratificante cuando se aprende a nadar y zambullirse en ella. En tiempos remotos, la filosofía era considerada la madre de todas las ciencias,²³ precisamente porque en cualquiera de ellas podían caber sus reflexiones. En la ac-

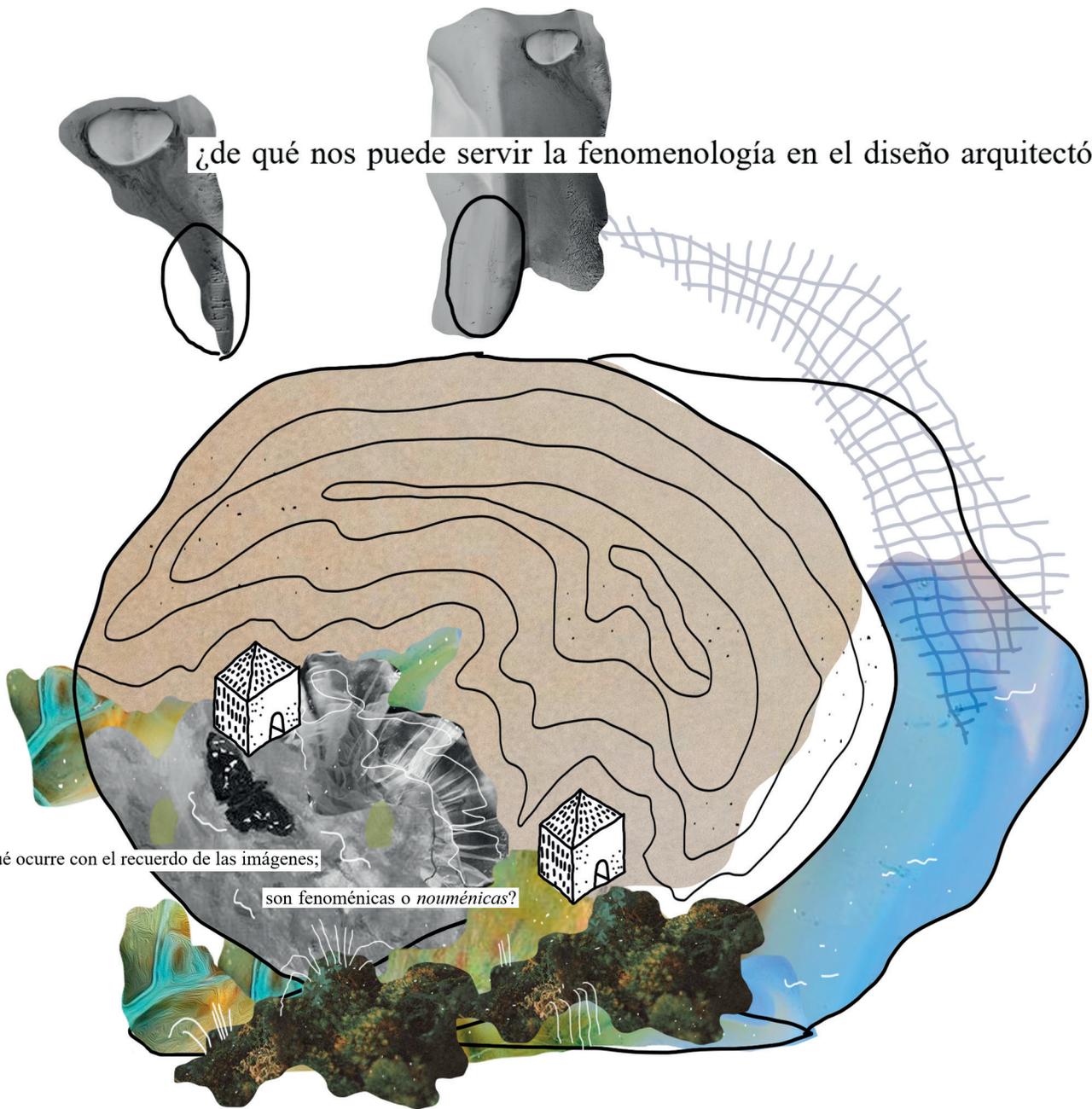
tualidad, vemos con tristeza que ya no forma parte de los planes de estudio de la mayoría de las carreras profesionales, ya que se le ha considerado como algo poco redituable y, por lo tanto, innecesaria. Las carreras de arquitectura en México no han sido la excepción (la antropología filosófica ni siquiera existe entre sus asignaturas básicas). Tal vez sería momento de volver a ella, de encontrar su consuelo, acaso como la buscó en su celda el infortunado Boecio frente al mundo que la fortuna le había arrebatado.²⁴

REFERENCIAS

- BOECIO
1977 *La consolación de la filosofía*, Buenos Aires, Aguilar.
- BUBER, MARTÍN
2014 *¿Qué es el hombre?*, México, FCE.
- CHÁVEZ CALDERÓN, PEDRO
2017 *Historia de las doctrinas filosóficas*, México, Pearson Educación de México.
- ESCOBAR VALENZUELA, GUSTAVO
2013 *Ética. Introducción a su problemática y su historia*, México, McGraw Hill.
- FAYOS FEBRER, RAFAEL
2018 *La tarea de ser hombre. Notas de antropología filosófica*, Madrid, Ediciones CEU.
- GARCÍA CUADRADO, JOSÉ ÁNGEL
2019 *Antropología filosófica. Una introducción a la filosofía del hombre*, Navarra, Eunsa.
- HÖFFE, OTFRIED
2018 *El poder de la moral en el siglo XXI*, Madrid, Biblioteca Nueva.

²³ Véase, Pedro Chávez Calderón, *Historia de las doctrinas filosóficas*, México, Pearson Educación de México, 2017.

²⁴ Véase, Boecio, *La consolación de la filosofía*, Buenos Aires, Aguilar, 1977.



MANDOKI, KATYA
2008 *Estética cotidiana y juegos de la cultura*, México, Siglo XXI Editores.

MASIERO, ROBERTO
2003 *Estética de la arquitectura*, Madrid, Machado Libros.

MERLEAU-PONTY, MAURICE
1985 *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta.

MONTERÍN, JESÚS
2011 *La naturaleza humana*, Madrid, Espasa Libros.

RYLE, GILBERT
1967 *El concepto de lo mental*, Madrid, Paidós.

SAN MARTÍN, IVAN
2005 "Los problemas de la definición de arquitectura en términos exclusivos de artisticidad", en *Arquitectura con Vaivén de Hamaca*, núm. 17, pp. 41-43, <<http://www.ivansanmartin.mx/estetica-y-arte/>>.

SÁNCHEZ VÁZQUEZ, ADOLFO
1992 *Invitación a la estética*, México, Grijalbo.

VITRUVIO
2018 *Los diez libros de arquitectura*, Madrid, Alianza Forma.

WALDENFELS, BERNHARD
1997 *De Husserl a Derrida. Introducción a la fenomenología*, Barcelona, Paidós.